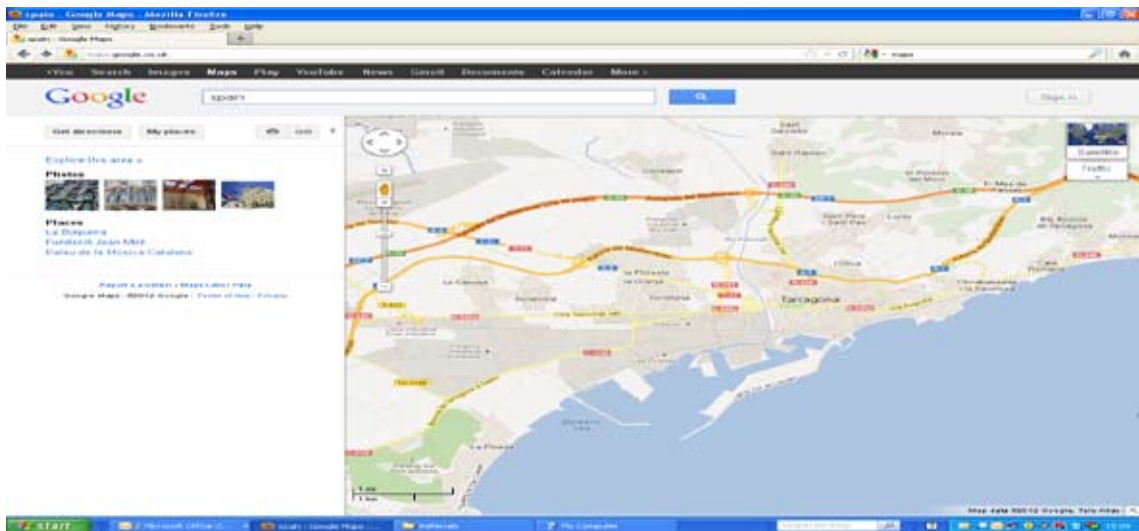


LAS MUJERES EN LOS ORÍGENES DE TORREFORTA (TARRAGONA)

Coral Cuadrada
Universidad Rovira y Virgili (Tarragona)

LOCALIZACIÓN

El barrio de Torreforta está acotado, actualmente, por dos carreteras nacionales: al norte la N-420 en dirección a Reus o al centro de Tarragona si se va en sentido contrario, y al sur la N-340 en dirección a Valencia. Al este, el arroyo Clar sirve de frontera, y al oeste hay los barrios de la Granja, Campclar y el Pilar, los cuales, junto a los barrios de Los Naranjos y del ensanche, forman parte del perímetro del barrio de Torreforta. Para localizarlo en el mapa de Cataluña se debe reseguir la costa hasta la ciudad de Tarragona; una vez allí, como se muestra en el mapa a continuación, focalizando la trayectoria en dirección sur-oeste, a unos tres kilómetros y puesta al mar, se encuentra Torreforta.



Unas cartografías del año 1811 evidencian la existencia de la Torre, de la cual existe documentación escrita en el Registro de la Propiedad de Tarragona en 1850, donde se describe así: “Pieza de tierra o heredad denominada Torre Forta, en el término partida de Jové. Consta de 20 Ha., posee una casa de labor de dos pisos y desván, corrales, era para trillar, balsa, pozo y accesorios.”

La Torre Forta era, inicialmente, una fortificación militar, estratégica y útil. Existe documentación avalada por sus últimos propietarios de que en aquella particular estructura cuadrangular con diversas aspilleras (más numerosas en la fachada de poniente) y muros de casi dos metros de anchura, se había construido en su interior un pozo conectado a diversos corredores, una especie de silo entre la era y el recinto; y, en la fachada norte, una galería donde antes existía el foso a través del cual se podía llegar al mar.

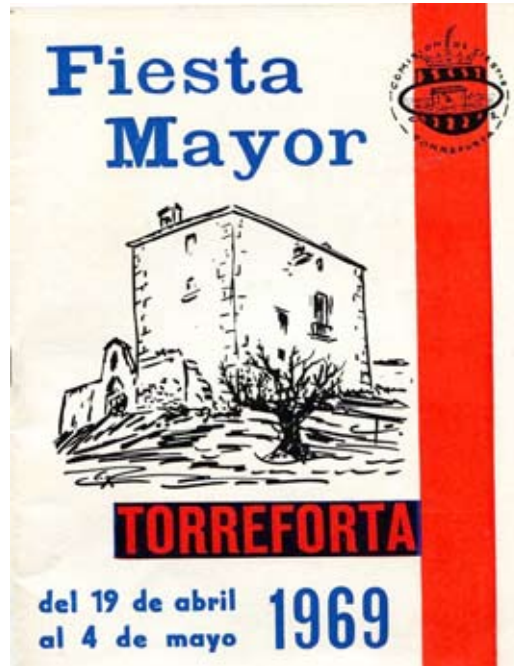
Alrededor de la torre, en esos campos llenos de algarrobos y matorrales que no recibían ningún nombre en concreto, se instalaron algunos payeses.

HISTORIA

Durante el reinado de Felipe IV, en el siglo XVII, Tarragona fue un enclave primordial para la victoria de los franceses en Cataluña. La ciudad sufrió reiterados asedios, y el hambre y la migración menguaron la población, siendo una ciudad desarticulada social y económicamente. La población vivía tras las murallas que rodeaban el núcleo urbano. Se sentía protegida, pero no era así para la gente que vivía en el campo, para la cual todo era bien distinto. Con frecuencia sufrían la presencia de piratas bereberes

que, procedentes de las costas de Argelia, solían hacer incursiones a estas tierras. Conscientes del peligro que ello suponía para el abastecimiento de víveres a la ciudad, se construyeron varias torres de vigía, una especie de cordón de defensa que servía para alertar de los ataques exteriores tanto a la ciudad como a la población que vivía en las afueras. La Torre Forta fue una de ellas.

Se decidió su ubicación estratégica siguiendo la dirección del desguace de las aguas pluviales procedentes del *Mas Garriga*, sobre un pequeño talud, dotándola de todos los recursos de defensa de la época: pocas aberturas, aspilleras...



En relación al nacimiento del barrio, hemos de remontarnos al 1926, cuando un tarraconense, Adolfo Bertrán, visitó la Torre Forta, convertida en masía, para hablar con el propietario. La tierra estaba dañada, pero él estaba decidido a comprarle la finca con la idea de construir una barriada para los obreros de la CAMPSA y de la fábrica de briquetas de carbón, y los ferroviarios. Una idea que tardaría en hacerse realidad. La masía, abandonada por los propietarios, sirvió de refugio a algunas familias durante la Guerra Civil, se puso en venta en plena postguerra. En el 1940 el pleno municipal aceptó la propuesta de la Junta Municipal Agrícola de denominar la extensa propiedad, donde aún se conservaba la antigua fortificación, con el topónimo de Torreforta.

Adolfo Bertrán no descansó hasta que consiguió dos socios: José Pelegrí y Domingo Grisé, con quienes compartió su proyecto de edificar viviendas sociales a bajo coste. A finales de 1941, la finca era suya. Hizo correr la voz de crear una barriada, pero nadie le hacía caso. Llegó a ofrecer a un obrero portuario, Pablo Plana, el regalo de un terreno con la condición de que lo trabajase a cambio de no poderlo vender. La primera parcela, no obstante, la vendió por 600 ptas. a Domingo Barberà Solà. Cinco años más tarde, los tres socios aún no habían conseguido interesar a las autoridades, ni a ninguna entidad, ni a las administraciones, a fin de apoyar su proyecto de barrio. La razón siempre era la misma: estaba demasiado lejos del centro de Tarragona. Los tres quilómetros que la separaban de la ciudad, con el Francolí por medio, representaban un gran inconveniente.

Adolfo Bertrán, para intentar que su proyecto saliera adelante, brindó 30.000 m² de terreno al Instituto Social de la Vivienda a cambio de ayuda, pero no fue aceptado. Cuatro años después, un vocal del Consejo Sindical hizo la propuesta a este organismo, que finalmente accedió. Se le cedieron los 30.000 m² a 10 céntimos el palmo para la construcción de 75 casas que formarían el núcleo del barrio actual. En mayo de 1950 se constituyó el Patronato del cardenal Arce Ochotorena con el gobernador civil de Tarragona, Francisco Labadíe Otermin, como presidente del mismo. Él fue el verdadero impulsor de las

viviendas que se encuentran en el centro del barrio y que lo atraviesan de lado a lado.

Las obras fueron a cargo de la empresa constructora Sucesores de Arturo Pedrines SA., que llevó a cabo la construcción de 75 viviendas de planta baja, las Casas Bajas, tal como popularmente se las conoce. Con sólo 50 m², constaban, además de comedor, de cocina, lavadero, baño, tres habitaciones, y un pequeño jardín en la parte posterior. El importe fue de 37.407 ptas., que se habían de pagar durante los primeros veinte años a razón de 75 ptas. / mes, el resto en mensualidades de 102 ptas. Por motivos económicos no pudieron acabarse las obras, faltando la red de alcantarillado, y de desconocía cuándo llegarían los recursos económicos que se necesitaban. Al final, los futuros propietarios, trabajando los días de fiesta bajo las órdenes de un encargado de la misma empresa, acabaron las obras. Las primeras llaves se entregaron el 18 de julio de 1953.

Se trataba de un barrio con muchas carencias y defectos, siendo los principales la falta de alcantarillas y la acometida de agua, así como las calles sin asfaltar, sin alumbrado, un más que deficiente servicio de autobús, ausencia de asistencia sanitaria, de escuelas, red telefónica y de servicios de todo tipo¹.

LAS MUJERES EN LOS ORÍGENES

El barrio continuó en expansión y surgió un incipiente barraquismo que, añadido a la práctica de la autoconstrucción de viviendas unifamiliares, contribuyó a crear una imagen anárquica del barrio, que la prensa de y la sociedad tarraconense cualificaron como “Torreforta, la ciudad sin ley”. Las personas que llegaban a Tarragona procedían muchas de ellas de zonas rurales latifundistas en las cuales reinaba una agricultura extensiva. No les faltaba faena, pero se trataba de trabajos precarios, duros y estacionales. En su mayoría eran hijos e hijas de jornaleros que habían sufrido las consecuencias de la feroz represión franquista en el campo andaluz. Sus padres vivieron el miedo y la miseria ligados a un régimen de explotación laboral que sólo beneficiaba a los terratenientes. Por eso, cuando a finales de los años cincuenta se flexibilizaron las limitaciones que los fijaban a la tierra como mano de obra barata, decidieron marchar hacia un futuro más digno en zonas de economía emergente.

Toda Andalucía se vino aquí, a Barcelona, a Tarragona... Mi marido allí trabajaba en el campo, aquí era mejor, los primos nos animaban, ‘venga, Juan... vente, aquí se esta muy bien, se gana dinero y se puede comer...’. Desde que llegué a Tarragona, he estado muy bien y he tenido muy buena gente, me considero una afortunada. Me gustó más venirme a Torreforta. Buenavista era un desastre, un poblado con las casas a medio hacer, aquello no me gustaba, era un poquito birrioso. (Emilia).

Declaraciones de personas que emigraron en los primeros años del franquismo, de Andalucía a Cataluña, nos muestran la dureza de la situación en la cual vivían en los lugares de origen: “*Vaig néixer a Quesada, Jaén... Després vaig treballar a la aceituna, servint a les cases... primer de niñera, després a l’oliva, mes tard de joveneta a una fabrica de Logroño a temporades, sense contracte ni res, era una fabrica de conserves de espàrrecs, tomàquets...*” (Loli).

“Soy de un pueblo de la provincia de Córdoba, de Adamuz, en el invierno se vivía de la recogida de aceituna, en verano la siega, a segá, en la campiña de Córdoba, así era nuestra vida, sí, claro, había mucha miseria, mucha hambre, porque eso fue en el año 45, en la posguerra, y allí, claro, tuvimos que emigrar rápido porque allí se morían las personas de hambre.”²

“Cuando tenía once años... me tuve que ir a las aceitunas cada día... Después cuando hice trece me vinieron a buscar a ver si quería ir a servir... Cuando llegaba el tiempo de la siega pues igual, él iba con la dalla [el padre] y yo con el rastro detrás... Después me vinieron a buscar de Alcañiz y me marché a servir...” (Victoria).

1) <http://www.tarracowiki.cat/wiki/Torreforta>, consultada el 20/06/2012.

2) José Manuel Martínez Toledano, <http://www.tv3.cat/videos/2333059/Barraques-La-ciutat-oblidada> consultada el 31/03/12.

“Nos fuimos toda la familia. Íbamos por temporadas, allí se recogía el arroz... algodón y aceitunas... Trabajábamos muchas horas... Ganábamos bastante... Las mujeres 170 pesetas al día, los hombres ¡claro, sacarían más! Estuvimos trabajando un año nada más para pagar trampas.” (Juana).

Estas situaciones de penuria contrastan con las encontradas en otros sitios de la península, donde las estrategias de supervivencia fueron las que el entorno podía ofrecer. Por ejemplo, estudios realizados en Asturias (Gómez Martín, López Zapico, 2006) señalan como las mujeres trabajaban básicamente en tres actividades: cultivo “siempre ayudábamos en el campo, allí trabajábamos toos de siempre, pero antes era pá consumo propio, en cambio ahora... lo utilizábamos pá cambiar cosas”; estraperlo, “acompañaba a mi tía a estraperlar, era una cría y me mandaba en tren con una maleta muy grande a la Pola”; “llevábamos el pescao por les aldees, y nos daban huevos, fabes, patates, lo que tuvieren”. O mercadeando con los resultados de sus labores “típicamente” femeninas: “aprendí a coser muy pronto. Trabajé toda la vida de modista”; “mandáronme a cuidar críos a Oviedo”. Si hay un elemento que se repite hasta la saciedad son los esfuerzos ingentes que realizaron las madres para representar una aparente normalidad, como una de las entrevistadas certifica y resume:

mi padre huyó a Venezuela y ya no volvió, mi madre hacía lo que podía, nos llevaba como princesas, de la tela de un colchón o una sábana hacía un pichi o un vestidín, nadie lo notaba [...] alguna vez conseguíamos un chorizo, y allí quedaba en la despensa por si venía alguien, que viera que allí no pasábamos fame [...] con cuatro patates, alguna verdura y un cachín de carne mi madre disfrazaba los guisos³.

A partir de los cincuenta el crecimiento espectacular de las ciudades y la falta de inversión pública supuso que los barrios de nueva creación, donde se concentraba la población obrera, se careciera, como he citado antes, de servicios básicos como agua corriente, saneamientos, luz o gas, déficits que las mujeres hubieron de suplir con sus esfuerzos.

Cuando vino a Bonavista no había agua, en Torreforta había pero mala, salada, la teníamos que comprar. Íbamos a la fuente, daba muchos viajes porque la tenía cerca, allí nos encontrábamos todas. En la Canonja había unas albercas para lavar y nos íbamos allí a lavar, con mi cesto y algunas de mis hijas. Al principio vivía en una casa muy grande a medio hacer, tenía un patio muy grande, no tenía lavabo, mi marido me hizo uno. (Emilia)

Trabajo que se realizaba en condiciones especialmente duras por la ausencia de electrificación de las casas. El lavado a mano, la cocina de carbón, el agua que se había de calentar, pisos, cuando los hubo, sin ascensor. Si esta era la gran situación precaria general, en los nuevos barrios faltaba todo, las mujeres estaban inmersas en largas jornadas de faena similar a las vividas por las que habitaban las barracas⁴:

*... al Camp de la Bóta van posar dues fonts, perquè allà, les dones, pobretes, que tenien que anar a la font a buscar aigua per rentar...
no havia enllumenat públic, no havia aigua, no havia alcantarillat...
... era un formiguer constant de gent que puja i baixa, però clar, com que la barraca era tan petita forçosament s'havia de fer la vida al carrer. Nosaltres jugavem al carrer, les senyores conversaven al carrer, sortien a escombrar al carrer, anaven a buscar aigua, era un constant sortir de la barraca...⁵*

3) Mis elipsis.

4) Agustí Mataró, Rafael Usero i Julia Aceituno, <http://www.tv3.cat/videos/2333059/Barraques-La-ciutat-oblidada> (31/03/12).

5) Era un hormiguero constante de gente que sube y baja, pero claro, como que la barraca era tan pequeña forzosamente se había de hacer vida en la calle. Nosotros jugábamos en la calle, las señoras conversaban en la calle, salían a barrer a la calle, iban a buscar agua, era un constante salir de la barraca...

... teníamos que hacer las necesidades en cubos y llevarlos a la playa por la mañana, y ahí era donde te tenías que bañar, donde te tenías, que donde el invierno pues no te metías en el agua, pero en verano, que lo mismo habías tirao las cosas... [...] y agua, pues agua no había na más que dos fuentes en todo el Somorrostro, habían unos delegaos, que nos poníamos en cola y bueno, horas! Horas tardábamos para llenar un barreño de agua, pá luego después poder lavar la ropa, y había que tender la ropa en la arena de la playa, que muchas veces estaba sucio, estaba que no se podía aguantar.

Estos relatos, correspondientes a las grandes dificultades sufridas por los chabolistas de Barcelona encuentran su paralelismo en Tarragona, en las barracas del Francolí: “La vida en el río... llevábamos una vida normal: mis hermanas pequeñas iban al colegio... mi hermana mayor trabajaba al igual que yo, mi madre se quedaba en casa y se ocupaba de las faenas... las menos pesadas, porque no estaba bien de salud... el lavado de la ropa lo hacíamos nosotras, porque en casa no había agua...” (Juana).

“Venía [de Benemejí (Córdoba)] con siete hijos, la mayor tenía 16 años y la última 6 meses, a los dos años de estar aquí, nació la última [Conchi], nos vinimos a Bonavista a vivir, era un barrio que estaba a medio hacer, las casas las hacía la gente como podía, durmiendo en barracas.” (Emilia).

Un aspecto de gran interés y aún insuficientemente estudiado es la participación de las mujeres en las corrientes migratorias que, como nuestro, abandonaron el campo para dirigirse a las ciudades. La emigración de mujeres solas se consideraba una desgracia a evitar por el régimen franquista, ya que ponía en riesgo la moralidad de las mujeres, y hasta muy recientemente no se ha reconocido por las estudiosas. Sabemos que desde los cincuenta, y especialmente a partir del *Plan de Estabilización* de 1959, el Estado impulsó activamente esta movilización de mano de obra, que supuso la llegada de trabajadores baratos a la industria y a los servicios: “Mi marido se colocó a trabajar en una empresa que se llamaba EMSA, que la estaban haciendo entonces. La empresa era de tuberías de hierro, estaba en el almacén, allí se jubiló a los 65 años, después colocó a mi hijo, que sólo tenía un hijo, lo demás eran mujeres, y mi hijo ha colocado a mi nieto.” (Emilia).

Uno de los trabajos pioneros (Borderías, 1991, 1993) en cuanto a la emigración dentro de España estudiaba la ocupación en el servicio doméstico como opción básica para las mujeres que dejaban el campo. “Estuve trabajando en muchas casas... Comía y dormía en casa de los señores... Me pagaban 10 duros, todo se lo entregaba a mi madre, pero cuando me daban propinas me las quedaba yo... Estuve sirviendo desde los 8 o 9 años hasta los 13, después me fuí a Sevilla...” (Juana).

Si hay empleos tradicionales que desaparecen en las décadas centrales del siglo XX –nodrizas, planchadoras, lavadoras–, las principales posibilidades de destino laboral de las mujeres seguirán estando en los servicios personales. En las ciudades el crecimiento brusco de la población a razón de las migraciones hizo aumentar la ocupación femenina en sectores como la limpieza y la hostelería. “Aquí para las mujeres había mucho trabajo, echando horas en las casas limpiando, en una casa dos horas, en otra otras dos, iban a Tarragona a las casas de gente rica, aquí no había casa rica para servir. Se iba por la mañana el autobús lleno de gente a trabajar, venían a comer y por la tarde otra vez. Las andaluzas éramos muy limpias y siempre querían que fuéramos a sus casas.” (Emilia).

El uso de las fuentes orales, como venimos viendo, me permite describir una realidad del mundo del trabajo femenino que tiene poco o nada a ver con la situación transmitida por los datos oficiales de actividades laborales. El servicio doméstico era el primer destino para la mayoría de las mujeres, la salida natural para las niñas de las familias pobres de los medios rurales que llegaban a las ciudades y entraban a servir a cambio de comida y vestido, desde tiempos muy antiguos (Cuadrada, 1990-1991). Este modelo de vida y de empleo se repite y se hace patente en todos los estudios que utilizan testimonios orales, aunque para otras épocas contemos con documentación escrita mediante los contratos de servicio doméstico realizados ante notario, como se acostumbra en la Edad Media. El servicio doméstico contemporáneo, por el contrario, se escapa de las normativas legales y se convierte en un tipo de economía sumergida, como la modalidad, habitual desde los años 60 y 70, de la limpieza a horas de las casas –que las trabajadoras llaman “asistir”–, convirtiéndose en la faena habitual de las casadas, que encuentran en ella grandes ventajas:

saben hacerla (su formación mínima no les permite otras opciones), y pueden hacerla compatible con su propio trabajo doméstico, el cuidado de sus casas y de sus familias. En una entrevista realizada bastante más tarde del espacio temporal que he llevado a estudio pero que precisamente por ello quiero resaltarla, realizada a la asistente social de Torreforta en 1990, pone de relieve: “*La majoria de dones treballen per hores a Tarragona, fent neteja a cases, sense contracte, cobrant per hores... Quant estant malaltes... No cobren perquè no estan assegurades... Normalment estan a la cartilla del marit... Aquí hi ha un col·lectiu de Dones, però de cara al mon laboral no hi estan interessades... Algunes treballen en el Carrefour...*”⁶ (Asistente Social).

VIDA Y REIVINDICACIONES

En un boletín de la parroquia del barrio de junio de 1959 se afirmaba que existían ya 550 viviendas, construidas por instituciones como el Ayuntamiento, el Ministerio de la Vivienda, la *Obra Sindical del Hogar* o por particulares que habían adquirido algunas parcelas de terreno urbanizado, las cuales habían sido ocupadas por 2.475 inquilinos. El boletín describía Torreforta como “*un barrio obrero, formado por familias venidas el 65% de fuera de Cataluña*”, formadas en su mayoría por matrimonios jóvenes, con poca o nula formación, y con un 43 % de población infantil (hasta los 14 años). La misma fuente contaba que la falta de recursos y servicios básicos había generado “*un espíritu de solidaridad entre los vecinos, que fácilmente se unen para solucionar sus problemas*”. La Parroquia de San José sirvió como primer punto de encuentro de los vecinos, así como de escuela para los niños y niñas del barrio y de guardería de bebés “*para facilitar el trabajo de las madres*”. La misma comunidad parroquial adquirió, en 1957, unos terrenos que se convertirían en el campo de fútbol, que serviría para todo tipo de manifestaciones deportivas y, sobre todo, de reivindicación cultural de las personas migradas.

A partir de estos vínculos de solidaridad vecinal, a inicios de los 60, se construyó el Centro Social de Torreforta, donde se instaló la primera Escuela Hogar, la cual tenía por objetivo: “*la formación de la muchacha preparándola para los quehaceres del hogar [...] teniendo en cuenta que las chicas a los catorce años ya abandonan el hogar para ir a trabajar y llegan al matrimonio sin estar preparadas para llevar una casa.*”⁷

El barrio continuó una expansión inversamente proporcional a la implantación de servicios e infraestructuras (Luque, 1995: 34). El descontento de sus habitantes iba en aumento cuando en junio de 1961 un grupo de cabecillas de las Casas Bajas realizaron una falla para la verbena de san Juan. La obra simbolizaba las tres grandes quejas del momento: agua, luz y transporte. A los pocos minutos de poner la falla en medio de la calle para ser quemada horas después como manda la tradición, llegaron unos agentes de policía con un objetivo claro: saber si la falla era clandestina. Los autores del monumento de cera explicaron a los agentes el significado de cada elemento. La larga barba que le había crecido a un hombre que esperaba el autobús o la luna que era, hasta entonces, la fuente más potente de iluminación de las noches del barrio⁸; explicaciones de las cuales los agentes tomaron nota cuidadosamente antes de marcharse, seguros ya de que la acción no tenía relación alguna con “*comunistas o revolucionarios*”.

En el 1973, las mujeres iniciaron una lucha por la construcción del mercado, hasta entonces a la intemperie. La primera reivindicación escrita al ayuntamiento, en forma de carta, fue firmada por cinco mujeres⁹:

6) La mayoría de mujeres trabajan a horas en Tarragona, limpiando casas, sin contrato, cobrando a horas... Cuando están enfermas... no cobran, porque no están aseguradas... Normalmente están en la cartilla del marido... aquí hay un colectivo de mujeres, pero de cara al mundo laboral no tienen interés... Algunas trabajan en el Carrefour...

7) Mis elipsis.

8) Hay una foto publicada (Luque, 1995:35) que por motivos de economía de espacio y permiso de publicación no puedo reproducir en esta comunicación. Ello no obstante, es relevante hacer notar que las personas que aparecen a su alrededor son, mayoritariamente, niños, niñas y mujeres.

9) Según documentos generados por la Asociación de Vecinos Torreforta, y particulares, depositados en el Archivo Histórico de Tarragona.

NOMBRE	OBSERVACIONES
Carmen Espadas Hurtado	Vocal en el 1973, en el 1979 presidenta
Nuria Rodríguez Folch	Socia colaboradora en 1973
Antonia Castillo Moral	Socia colaboradora en 1973 i Tesorera en 1983
Olga Folch	Secretaria en 1973
Fuensanta González	Tesorera en 1973
Juani García	Vocal en 1973
Angela Melgarejo Melgarejo	Vocal en 1983
Rosa Cañellas	Lucha por el mercado en 1973
Felisa Aragonés	Lucha por el mercado en 1973
Rosa Penone	Lucha por el mercado en 1973
Josefa Moya	Lucha por el mercado en 1973
María Parral	Lucha por el mercado en 1973

Giuliana di Febo (1990: 259) señala, sobre todo para Cataluña, la importancia de las vocalías de mujeres, “surgidas tanto autónomamente como en el interior de las asociaciones de vecinos [...] Esta forma organizativa constituye además una estructura que permite la coexistencia de objetivos reivindicativos de barrio y objetivos generales con la problemática específica de las mujeres”. Algunas asociaciones de vecinos nacieron en los primeros años de la transición, a través de las experiencias de los grupos de amas de casa que la *Associació Catalana de la Dona* promovía en algunos barrios tarraconenses. El trabajo que la Asociación llevaba a cabo era el de organizar charlas informativas y ofrecer soporte a las reivindicaciones de las mujeres para la mejora de sus barrios, como fue la de la construcción de un puente para atravesar con seguridad la carretera de Reus, que dividía los términos¹⁰. Las reuniones tenían lugar en los locales de la Asociación de Vecinos a las cuatro de la tarde, para que de esta manera pudieran asistir las mujeres mientras tenían los hijos en la escuela. Un buen ejemplo del grado de movilización femenina fue el conseguir poner en funcionamiento una guardería autogestionada en el vecino barrio de La Floresta: la lucha para su apertura condujo a las mujeres a ocupar los bajos del ayuntamiento con sus hijos como medida de presión.

Ello no obstante, en vistas de los resultados de las luchas de las mujeres en Torreforta, cuando los hombres se percataron de su fuerza montaron la asociación de vecinos, “*elles van tornar a casa, i ells van agafar les regnes de tota la reivindicació del barri, però la llavor va ser l'Associació de Mestresses de Casa*”¹¹ (Berta). Manuel Castells (1986) defiende que los temas propiamente feministas –divorcio, aborto y derechos de la mujer– estuvieron ausentes de los programas vecinales, y Pamela Radcliff (2008) constata:

En contraste con las asociaciones de amas de casa, en las que las mujeres eran visibles pero estaban marginadas dentro del movimiento ciudadano, en las asociaciones de vecinos las mujeres pasaban a ser invisibles en un discurso cuyo protagonista era el vecino-obrero-ciudadano “igualitario”. Aunque este protagonista carecía de identidad de género explícita, una serie de marcas implícitas de género imbuían al ciudadano de cualidades masculinas asociadas a las de obrero y vecino.

Tal distinción de radical de género y apropiación de la lucha y de las reivindicaciones no se observa de tal forma en Tarragona, donde las protestas vecinales fueron impulsadas frecuentemente por las mujeres,

10) El 2 de enero de 1975, unas 300 personas, “en su mayoría mujeres y con niños en brazos cortaron la carretera de Reus a Tarragona” (La Vanguardia, 03/01/1975, 38) para protestar por el atropello mortal de una chica de 24 años, accidente que no era el primero que tenía lugar, a consecuencia de la falta de señalización y alumbrado.

11) Ellas volvieron a casa y ellos cogieron las riendas de toda la reivindicación del barrio, pero la semilla fue la Asociación de Amas de Casa.

las cuales vivían a diario las problemáticas de la falta de equipamientos en los barrios. Durante la transición democrática las mujeres de los barrios obreros de Tarragona continuaron participando en movilizaciones como la de octubre de 1977, la concentración más numerosa que se haya producido jamás en la historia de la ciudad, llegó a congregarse más de 8.000 personas en el centro de la ciudad para frenar el proceso de privatización del servicio municipal de aguas (Ferré, 2012).

EPÍLOGO

Con esta comunicación he intentado demostrar que las acciones de las mujeres en los orígenes de Torreforta no fue algo que merezca quedar en el olvido, ni merecen ellas ser en absoluto invisibilizadas. Me ha parecido idóneo mostrar públicamente parte de las reflexiones que estamos elaborando¹² en el ámbito de este congreso internacional, en especial por ser éste una vía de actuación que fomente la cultura feminista para aumentar el empoderamiento de las mujeres. Sobre todo cuando se propone como puente entre las mujeres del ámbito universitario, académicas y estudiantes, y las mujeres de los barrios, de las asociaciones, de los centros cívicos, las cuales reclaman más conocimientos sobre las aportaciones de las mujeres a la sociedad. Es de singular relevancia el Objetivo concreto 4 del Congreso AUDEM *Más igualdad. Redes para la igualdad*: crear una red de solidaridad formativa entre las mujeres de los barrios y las investigadoras de las universidades para avanzar en un camino común que reúna teoría y praxis, la práctica y los saberes de las mujeres, la ciencia del cuidado y la ciencia del saber.

Decía en el resumen que como resultado de esta primera fase de nuestro estudio hemos realizado una exposición itinerante y un documental que relatan el protagonismo de las mujeres en los orígenes del barrio obrero de Torreforta durante el franquismo. Debo añadir que las bases metodológicas feministas sobre las que trabajamos ha sido objeto de una reciente comunicación para el *IX Congreso de Historia Contemporánea* que se celebrará en Granada en el próximo mes de noviembre (Cuadrada, 2012), y que otras de nuestras próximas iniciativas serán las de impartir talleres de recuperación de la memoria histórica de las mujeres de Tarragona en los niveles de ESO y de Bachillerato, así como publicar un libro donde se reflejen los resultados obtenidos por el proyecto de investigación, texto que estamos redactando y que esperamos vea la luz en la primavera del 2013.

Creemos asimismo que es necesaria una revisión historiográfica, renovando así la limitada visión de los análisis de barrio efectuados por el materialismo histórico, que veía los barrios obreros como meros espacios de ciudad-dormitorio, lo que impedía, según Recio y Naya (2004:65)

tener en cuenta aspectos básicos de las sociedades capitalistas modernas [...] el olvido sistemático de la base patriarcal sobre la que descansan las sociedades capitalistas reales y la importante contribución del trabajo doméstico realizado básicamente por las mujeres. Los barrios obreros podían ser ciertamente dormitorios desde el punto de vista de los asalariados, especialmente masculinos, pero no para las mujeres que realizaban su intensa actividad cotidiana en este espacio y que, en gran medida, fueron las protagonistas de muchas movilizaciones al estar más próximas y conocer mejor las condiciones que daban lugar a los conflictos¹³.

12) El grupo de investigación del proyecto *Por amor a la ciudad* está formado por: Pilar Palacio, Annachiara del Prete, Esther Gutiérrez, Anna Moya, M^a Paz Granados, Elisabeth Sánchez, Laia Estrada, Joana Badia, Zelia Camps, Carla Bisart, Sonia García, Noelia Bonet y Marc López.

13) Mis elipsis.

BIBLIOGRAFÍA

- Borderías, C., “Las mujeres, autoras de sus trayectorias personales y familiares a través del servicio doméstico”, *Historia y Fuente Oral*, 6, 1991, 105-121; *idem*, “Emigración y trayectorias sociales femeninas”, *Historia Social*, 17, 1993, 75-94.
- Castells, M., *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza, 1986.
- Cuadrada, C., “Les relacions camp-ciutat a la baixa edat mitjana: Barcelona i les comarques de l’entorn”, *Acta/Mediaevalia*, 11-12, 1990-1991, 161-185.
- , “IAPF: la investigación acción participativa feminista en un barrio obrero de Tarragona”, 13/08/2012 http://www.contemporaneaugr.es/index.php?option=com_content&view=article&id=86:taller-1-emociones-subjetividad-y-memoria-las-fuentes-cualitativas-y-su-uso-para-la-historia-contemporanea&catid=17:talleres-xi-congreso-ahc&Itemid=16
- Di Febo, G., “La lucha de las mujeres en los barrios en los últimos años del franquismo. Un ejemplo de utilización de la «Historia de género»”. En Tusell, J., Alted, A., y Mateos, A. (coords.), *La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación*, Tomo II, Madrid, UNED, 1990.
- Ferré Baldrich, M., “Les dones en el moviment veïnal a Tarragona durant els anys setanta”, *Plecs d’Història Local*, 145, 2012, 2-4.
- Gómez Martín, A., López Zapico, M.A., “Almas de salitre, almas de carbón: memoria e identidad colectiva femenina durante la postguerra a través de testimonios orales de mujeres asturianas”, *XIII Coloquio Internacional de la AEIHM: La Historia de las mujeres. Perspectivas actuales*, Barcelona, 19-21 Octubre, 2006, Edición CD-Rom.
- Luque, C., *Torreforta. Tarragona*, Barcelona: Generalitat, 1995.
- Radcliff, P., “Ciudadanas: las mujeres de las asociaciones de vecinos y la identidad de género en los años setenta”, en Pérez Quintana, V., y Sánchez León, P. (eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid 1968-2008*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008.
- Recio, A., y Naya, A., “Movimiento vecinal: claroscuros de una lucha necesaria”, *Archipiélago*, 2004.

